

LAS LLAMADAS VIVIENDAS DE EL VILANO Y EL CERRO DE LA BENDITA

«En esta cama duermen una chica de dieciocho años, otra de trece y otra de ocho. En ésta, un chico de quince, otro de once y otro de seis». Me mostraba la señora la reducida habitación, casi totalmente ocupada por las dos camas de metal, donde dormían sus seis hijos, y luego, el pequeño comedor, donde por la noche, después de hacer a un lado la mesa y extender los muebles-cama, se acostaban los padres. Había una cocinita infima, que la señora mantenía muy limpia, en la que no cabían armarios para los cacharros, que estaban colgados en las paredes. Sobre la pila, que servía también de lavabo, había un espejito. El water estaba fuera de la vivienda, en un rincón del corredor exterior, al que se salía desde el comedor-habitación del matrimonio. Los hijos, si querían salir durante la noche, tenían que pasar sobre los muebles-cama en que dormían sus padres. La «vivienda» no tenía más allá de veinte o veinticinco metros cuadrados.

Los barrios de El Vilano y El Cerro de la Bendita están a las afueras del pueblo de Vallecas, y, por tanto, dentro del municipio de Madrid. Hay que ir a la calle Revoltosa, al final del paseo de los Caídos, y luego tomar una transversal que lleva directamente a los barrios; primero, a El Vilano, y un poco más allá, a El Cerro... Están formados ambos por lo que popularmente se llaman «casitas bajas», edificaciones de una planta muy endeble —con tejado de urulita en su mayor parte y encladas— construidas hace quince o veinte años. Todas las calles de El Cerro de la Bendita y la mayoría de las de El Vilano están sin pavimentar. Desde estos barrios, donde viven hacinadas unas quinientas familias, se contempla, hacia el Sur, la inmensidad del campo vacío.

No se trata de barrios de chabolas, y éste es quizá su mayor inconveniente. El chabolismo sigue existiendo en Madrid —por citar sólo un ejemplo, en las proximidades de los Sacramentales puede verse un «barrio» de unas quinientas chabolas—, pero parece existir, por parte de las autoridades, la firme decisión de erradicarlo. En esta misma zona, al pie de El Cerro de la Bendita, fue suprimida no hace mucho una colonia de chabolas llamada Las Sartenillas, a cuyos habitantes se concedieron pisos en otro lugar

de Madrid. El caso de las «casitas bajas», aunque menos dramático, es acaso más grave que el de las chabolas, sencillamente porque se consideran oficialmente «viviendas», y no se piensa que sus habitantes necesitan con urgencia un verdadero alojamiento. Después de haber recorrido detenidamente los barrios de El Vilano y El Cerro de la Bendita, mi impresión es que no reúnen condiciones de habitabilidad mucho

co inspector que visitó la zona, en el que se hablaba todo el tiempo de «viviendas» y se llegaba a decir que «las viviendas que he visitado tienen dos-tres dormitorios». Aunque se reconocía la falta de pavimentación y la falta parcial de alcantarillado (pues sólo lo hay en calles alternas; es decir, en una calle sí y en otra no), no se menciona la carencia de instalaciones sanitarias en numerosas casas, no se hacía alusión

los adultos y de dolencias crónicas en los niños.

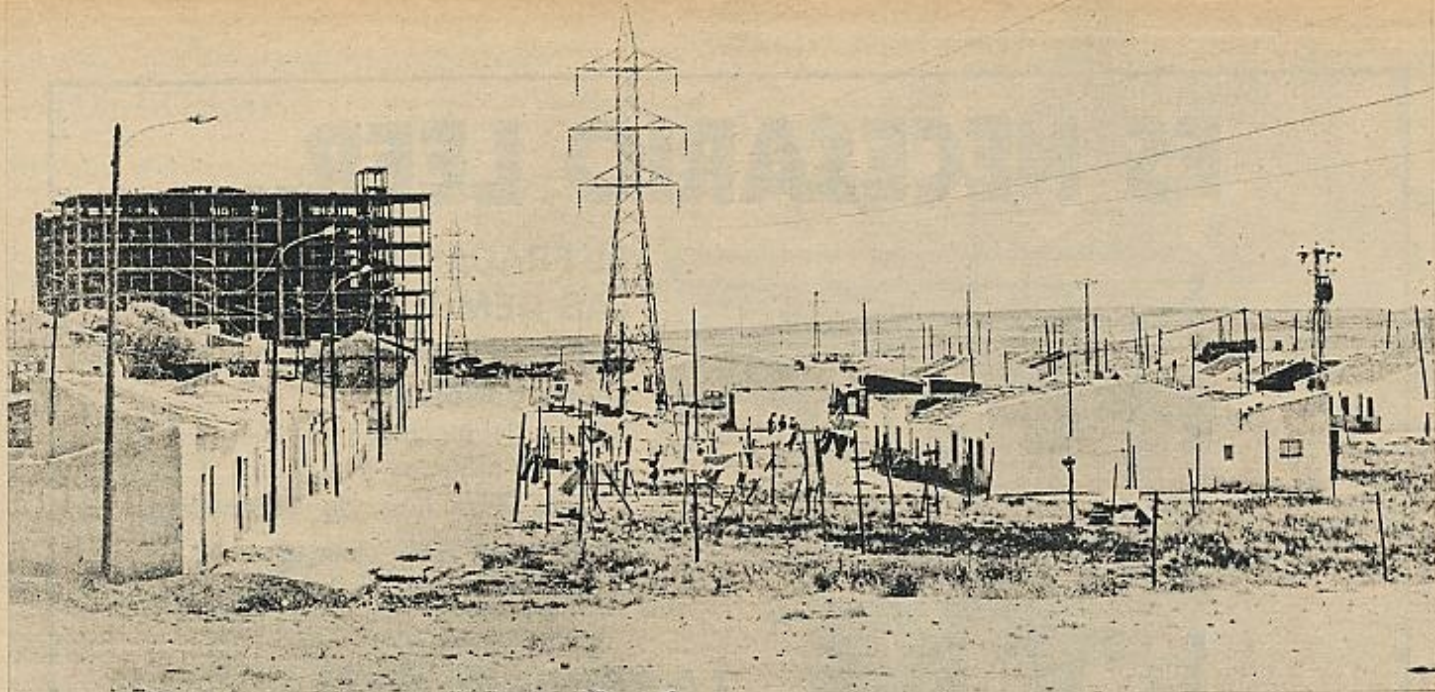
«Lo peor de todo es la humedad. Tenemos que estar pintando continuamente», me decía uno de los vecinos, mientras me mostraba las grandes manchas que en la pared habían hecho las lluvias de los días anteriores. «El papel pintado protege las paredes algo más que la pintura, pero termina por levantarse», decía una señora, señalando los destrozos que la hu-



mejores que las de las chabolas, aunque su aspecto sea más «presentable». Sin embargo, los miembros de la Junta de Vecinos de El Vilano me mostraron una carta que el jefe provincial de Sanidad había escrito al párroco, en la que se ponía de manifiesto lo muy desahucadas que están las autoridades respecto de las condiciones de estos barrios. El jefe provincial transcribía el informe del médi-

alguna a la dramática falta de espacio en que se ven obligadas a vivir las familias, y, sobre todo, no se hablaba para nada de las repercusiones que la endeblez y mala construcción de las casas tienen en la salud de la gente. A un calor asfixiante en el verano sucede en el invierno un frío intenso y una insoportable humedad, que es responsable de un gran número de enfermedades en

medad había hecho en la pared empapelada de la entrada. Las casas se impregnan de tal modo de agua a poco que llueva, que las ropas de la cama están permanentemente mojadas, y no hay modo de defenderse contra el frío. «Se pone la cama chorreado, mire usted —decía una vecina—. Tengo que planchar las sábanas de los niños todas las noches, antes de que se acuesten,



El caso de las «casitas bajas», aunque menos dramático, es tal vez más grave que el de las chabolas, sencillamente porque se consideran oficialmente «viviendas» y no se piensa que sus habitantes necesitan con urgencia un verdadero alojamiento. (Vista del barrio de El Vilano.)

Luis Carandell



Calles sin pavimentar en las que apenas pueden entrar los coches; casas en las que faltan las mínimas instalaciones sanitarias...

y luego, ponerles varias veces bolsas de agua caliente». Una señora que tenía un niño de algo más de un año, que estaba permanentemente enfermo de bronquitis, me dijo que el médico había dejado de recetarle medicinas y no le quería visitar cuando le llevaba al consultorio. «Ya no me hace caso. Me dice que hasta que no cambie de casa, no se curará el niño». Las «casitas bajas» de El Vilano y de El Cerro de la Bendita están construidas de tal manera, que la planta de la casa queda por debajo del nivel de la calle. «En cuanto llueve un poco más de la cuenta, entra el agua en la casa, y tenemos que achicarla con cubos y bayetas».

La mayor parte de los habitantes de estos barrios viven en régimen de inquilinato, pagando altos alquileres por las «viviendas».

Según pude enterarme, gente que está viviendo allí desde hace tres o cuatro años paga alrededor de las dos mil pesetas todos los meses. Los más antiguos pagan menos, pero la media de los alquileres se puede calcular en unas 1.000 ó 1.500 pesetas mensuales por 20-25 metros cuadrados de superficie «habitables». Hay también algunos propietarios, pero la mayoría de los que compraron las parcelas y construyeron hace algunos años se marcharon después a vivir a otro lugar y arrendaron las casas. Los propietarios que viven allí tienen sus casas algo mejor arregladas que los inquilinos. Para el inquilino, introducir mejoras por su cuenta significa perder en favor del propietario el dinero invertido, y ningún propietario introduce una mejora en una casa que tiene

arrendada a otro sin aumentar al mismo tiempo el precio del alquiler. Así, muchas casas carecen incluso de agua corriente, y los propietarios se niegan a hacer la acometida, salvo que el inquilino se avenga a pagar más.

Con este motivo hay entre los inquilinos y los propietarios, sobre todo los propietarios que viven en los barrios, una guerra sin cuartel, que dura desde hace años. Nuestra llegada a El Vilano para tomar notas y hacer fotografías para este reportaje provocó una violenta discusión entre un grupo de propietarias y otro de inquilinas. Una propietaria nos quiso convencer de que las casas estaban en perfectas condiciones y no tenían nada que envidiar a los pisos. «Venga usted a mi casa y verá cómo la tengo —me decía la señora—; un palacio». Dirigiéndose a las inquilinas les decía que si ellas vivían mal, era por su culpa, por no cuidar sus casas y hacer las necesarias mejoras. «¿Mejoras? —decía una inquilina— ¿Para qué, para que os lo quedéis vosotras y nos subáis la renta?». La presencia de los periodistas ponía fuera de sí a las propietarias, especialmente a una señora muy gritadora, que parecía ser «la jefa» de su gremio, la cual, con un lenguaje que habría hecho las delicias de un escritor costumbrista, insultaba a las inquilinas y nos amenazaba a nosotros, diciendo: «Cuidado con lo que escriban, porque vamos a por ustedes». Las inquilinas no se amilanaban, aunque, en general, empleaban un lenguaje más comedido y un menor acaloramiento que las propietarias. La acusación que éstas hacían a las inquilinas de descuidar las casas no tenía fundamento, por lo que yo pude ver. La inmensa mayoría de la gente mantenía las casas muy limpias, pintándolas frecuentemente y arreglando los desper-

fectos. Los habitantes de El Vilano y El Cerro de la Bendita son, en general, inmigrantes del Sur —de Extremadura, Andalucía y la Mancha— que llevan ya algunos años en Madrid. Los hombres son en su mayor parte obreros de la construcción, y su condición trabajadora les hace merecedores de viviendas más dignas que las de El Vilano o El Cerro de la Bendita.

Con esto no he hecho más que apuntar algunos de los problemas que tienen estos barrios. Calles sin pavimentar, en las que apenas pueden entrar los coches y se convierten en barrizales cuando llueve, de modo que ni los taxis, ni las ambulancias, ni los coches funerarios pueden llegar hasta las casas. Falta en muchas casas de agua, que las vecinas tienen que ir a buscar a la fuente. Falta de las mínimas instalaciones sanitarias, a veces, total, y otras veces, compartidas entre tres o cuatro vecinos. Falta de alcantarillado en casi la mitad de las casas de estos barrios, con la persistencia del viejo sistema de los «pozos negros». Falta de escuelas para los niños y de guarderías para que las mujeres puedan dejar a sus hijos pequeños al ir a trabajar. Casas de pobre construcción, que son hornos en el verano y húmedas neveras en el invierno, y que no ofrecen las condiciones de habitabilidad y salubridad actualmente exigibles. Y sobre todo, esa dramática falta de espacio, que la inmediatez del campo vacío hace aún más evidente y absurda. Refiriéndose a esa estrechez en que se ven obligados a vivir los poco más o menos dos mil habitantes de El Vilano y El Cerro de la Bendita, decía un vecino socarrón: «Así que ya lo ve usted, tocamos a un metro cuadrado por persona. A un muerto le dan, como mínimo, dos». ■ Fotos: MA-NUEL S. URÍA.